

MIGUEL DE VALENCIA

G L O S A S   D E   L A   C U L T U R A  
A C T U A L

---

A la edad de ochenta y tres años, en Venezuela, ha fallecido Eduardo Ortega y Gasset, hermano del insigne filósofo español. Se había refugiado en América, después de sufrir los rigores de la guerra civil española.

Este hombre, distinguido tribuno, tuvo en su contra el ser hermano del autor de las "Meditaciones del Quijote". En efecto, cuando en una familia hay una cumbre, todo lo demás se pierde en el llano, al menos en apariencia. No obstante, Eduardo Ortega y Gasset tuvo una actuación destacada en la vida política de España.

Solía evocar anécdotas de su vida parlamentaria. Entre sus enemigos hubo algunos de inspiración botánica y terrorista. En cierta oportunidad, un admirador anónimo le envió un canastillo colmado de frutas y flores. Recibió el presente la esposa, mujer artista, con gran intuición del peligro. Confinó el canastillo en un rincón estratégico del jardín. Pocos instantes después una tremenda explosión puso de manifiesto la bomba de fabricación casera, regalo de un grupo de extremistas, quizás poco contentos con el sesgo de los acontecimientos políticos.

Eduardo Ortega y Gasset era abogado, opositor en cierto modo de las ideas filosóficas de su hermano. Sus dotes oratorias eran magníficas. Pasó por la vida española con brillo escaso. Semejante fenómeno es frecuente. Recordemos el caso de Manuel Machado, exquisito poeta de vena modernista y andaluza. Su hermano Antonio arrambló con toda la valía poética de la familia. La enorme altura del poeta, andaluz de nacimiento, aunque esencialmente castellano, cubrió los bosques líricos del apellido Machado.

Sin duda se publicarán las "memorias" de Eduardo Ortega y Gasset. Allí estarán las "situaciones reales" del insigne filósofo, sus luchas, sus limitaciones, su dimensión de pensador.

Mínimos detalles permiten reconstruir la silueta de los hombres. Y entonces esas pinceladas contribuyen a tener bien clara las líneas que la propaganda se encargó de mostrar desenfocadas.

Parece ser que estamos frente a un caso científico de bastante importancia. Los hombres de ciencia de Estados Unidos han descubierto una pequeña criatura aracnoidea a sólo 460 kilómetros del Polo Sur.

Esa arañita, solitaria, vive entre algas y hongos diminutos. Su presencia es un misterio. Sin duda pertenece a un grupo de ácaros extendidos por latitudes similares. Los enigmas que suscita son varios. ¿Cómo pudo llegar "tan lejos"? ¿Es descendiente de los artrópodos que sobrevivieron a los grandes cataclismos?

Los científicos, moviéndose en un conjunto de hipótesis, nos dirán el posible resultado de sus investigaciones.

La "National Science Foundation" dice que tales estudios sobre la difusión de los artrópodos ayudarán a resolver otros problemas científicos, como, por ejemplo, la antigua separación o la posible unión entre continentes ahora separados.

El descubrimiento de esa arañita se atribuye al biólogo Keith Wisem, del Museo Bishop de Hawai. Este profesor es miembro de un grupo científico que estudia la población de artrópodos de la Antártica.

La noticia del descubrimiento es de sumo interés. Más allá de esos 460 kilómetros de distancia al Polo Sur, la vida desaparece. Las aves llegan hasta las proximidades de esa zona en donde ha sido vista la araña.

Los biólogos son gente que inventa y reconstruye teorías. Aseguran que el hallazgo reciente podría suministrar claves respecto a los cursos de las corrientes oceánicas y de los vientos. Además servirá como punto de arranque para fijar las actuales rutas de migración de las aves.

¿Se ha descubierto una araña notable? Ya lo sabremos. De momento, ahí está con sus ocho patas activas, formando capullos meticulosos, poniendo en juego sus delicados sacos pulmonares. Digamos, con los hombres de ciencia, que tan delicado animal es miembro de la especie "Nanorchestes Antarticus".



Se habla de una vida suspendida, porque la actual Biología quiere prolongar los años, determinar voluntariamente el sexo, estilizar el uso de las hormonas, modificar el carácter y corregir la conexión de las células nerviosas del ser humano.

Suponen los científicos que, lejos de nuestro Sistema Planetario, hay zonas en donde el vacío está unido a una temperatura próxima al cero absoluto. En esas condiciones, no es aventurado imaginar una momentánea irrupción de la vida, esperando, tan solo, el momento propicio.

¿Qué haría una humanidad que envejeciese lentamente? ¿Cómo serían los hombres con sus virtudes fabricadas a voluntad?

El misterio de una vida suspendida en los altísimos espacios es fastuoso. Entre tanto, aquí en la Tierra, tenemos ejemplos vivos de longevidad. Viven los hombres largos años, sin que su organismo acuse defectos esenciales.

La medicina actual se apresta a defender la vida de los ciudadanos, señalando normas de supervivencia prudencial. Cuando la pureza de los medicamentos no tiene eficacia, los cirujanos de inspiración estética hacen maravillas. Personas hay que regresan a la infancia, después de haber sufrido los rigores del bisturí. Sin embargo, nada ni nadie ha podido detener la caída de su espíritu. Diríase que disponen de un alma vieja prisionera de un cuerpo rejuvenecido.

Ya se apunta la invención de talismanes siderales. En la entraña de varias estrellas existen elementos vivaces, duendecillos traviosos que manejan las minúsculas redomas de un elixir meteórico. Si en las altas regiones del cielo existe una vida en suspensión, si alguna conmoción cósmica llega a producirse, esos gérmenes lloverán sobre nuestros valles y collados, navegarán por las aguas, hasta fijarse en paraje idílico. Y una original humanidad surgirá. La que en definitiva no es otra cosa que un afán de supervivencia.



En la ciudad de Nueva York se ha organizado una exposición de cincuenta obras de escultores primitivos de América, Africa e islas del Pacífico.

Entre las esculturas africanas se incluirán máscaras usadas durante ritos secretos de la pubertad, figuras para domeñar los espíritus de los antepasados.

Los organizadores hablan también de una estatuilla de oro que representa a un dios costarricense en forma de cocodrilo. Como muestra rarísima, una figura de madera de un sacerdote maya, modelada, tal vez, en el siglo vi de nuestra Era.

Esos objetos encierran turbiones de una historia funcional. Tienen calidad de símbolo. En muchos pueblos de Africa se fabrican carátulas, recemoniosas, portadoras de una singular posición filosófica.

En Oceanía se practican danzas terapéuticas, dedicadas a los enfermos. Los intérpretes cubren su rostro con esas máscaras, finamente labradas, restallantes de una simbología esotérica, no desmentida por nuestros módulos de civilización.

Curiosa resulta la existencia de un dios en forma de cocodrilo. Esto indica que los pueblos primitivos crearon sus ideas trascendentales como reacción a unas realidades que los presionaban de manera inexorable. Viejas ideas de temor hicieron elevar la categoría de un reptil. Pero los hombres, cuando sienten en carne propia los impactos del furor, y ese fue el caso de los pueblos primitivos, terminan por dar forma mítica a un tabú.

A veces, siguiendo el rastro de un objeto artístico de vieja solera, es posible establecer nexos entre civilizaciones distantes.

Se hacen estudios de las técnicas de diferentes pinturas rupestres. ¿Por qué unos hombres sin relación entre sí pintaron los mismos temas y utilizaron iguales tonos decorativos?

La historia de milenios que ya fueron se proyecta sobre las inquietudes de hoy. Labor interesante la de tender un sólido puente entre los iniciales pasos

del ser humano y las conquistas de nuestra Era. Su punto de partida se halla en los mínimos objetos de esos museos de arte primitivo.



En la Comedia del Arte hubo un número que siempre fue recibido con admiración y beneplácito. Cierta diablillo danzaba frente a un muro iluminado. La sombra de una realidad, movediza y fantástica, se proyectaba con gracia. Y el pobre fante no conseguía saltar más allá de esa fatídica mancha, símbolo de una filosofía existencial.

Hoy día, un exquisito poeta, Gonzalo Rojas, escribe: "La sombra es lo que el cuerpo / deja de su memoria".

La hermosa y terrible alegoría platónica de la caverna no ha sido desmentida. Acaso en nuestra sombra se han enredado los sueños, los amores y esa angustia que puede ser silencio y soledad.

El reciente libro de este poeta universitario se titula "Contra la Muerte". Su posición filosófica, racional y espiritualista, se ciñe a interrogantes no contestados por la ciencia o por la psicología: "¿Qué sacamos con volar más allá del infinito/ si seguimos muriendo sin esperanza alguna de vivir / fuera del tiempo oscuro?".

Tal vez, vivir fuera del tiempo es algo así como carecer de memoria y de duración. Los poetas místicos han intuido esa maravilla, no frecuente, esquiva a los hombres que hunden sus plantas de arcilla en la tierra. Gonzalo Rojas razona contra la muerte inevitable, porque siente, lacerante, el "hambre de vivir como el sol / en la gracia del aire, eternamente". Quevedo, en uno de sus sonetos sufre de parecidas congojas, humanas, de un realismo desolado.

El tema de la muerte ha sido uno de los motivos centrales de gran parte de la poesía romántica. ¿Será un quedarse dormido? ¿El paso hacia lejanas exhalaciones? El autor de "Contra la Muerte" nos dice: "Del aire soy, del aire, como todo mortal, / del gran vuelo terrible y estoy aquí de paso a las estrellas".

La idea de percibir lo mismo con lo mismo fue glosada por Goethe. Y Gonzalo Rojas inserta en un bello poema el pensamiento del gran escritor alemán: "El ojo no podría ver el sol / si él mismo no lo fuera".

Anota la raíz de la verdadera poesía: "Se escribe con los dientes, con el peligro, / con la verdad terrible de cada cosa".

Y sobre la poesía fija su criterio estético y de humanidad, diciendo que ha de ser "un aire nuevo: no para respirarlo, sino para vivirlo".

Esta poesía, fuerte y profunda, cerebral y hondamente sensitiva, no es fácil comprensión, porque cada estrofa es la síntesis de muchas tomas de conciencia. No rezuma desesperanza. La muerte, cuando se la rodea, cada vez que el hombre se aproxima a sus abismos, expande tranquilidad, crea lirismos y meditaciones, vuelve a deshacerse en el aire, para radicarse en una estrella, en los hondones de la tierra o en la frente de la mujer amada.

Gran poeta Gonzalo Rojas. Su libro es un grito dado en los yermos del pensamiento poético.